

# Aprender

# a escribir por causas

# honorables y otras algo menos

por Marta Vergara



Alone: Doctor Honoris Causae por su decanato en la crítica literaria.

**P**OSIBLEMENTE POR cumplir aquello de enseñar deleitando, la escuela española de un famoso college norteamericano acostumbraba ofrecer a los alumnos obras de teatro presentadas por profesores y ayudantes en estado de buena voluntad o vergonzoso agrado. En una ocasión montó una de José Martí y el papel principal quedó a cargo del poeta, también cubano, Eugenio Florit. Las condiciones de Florit, como actor, eran adecuadas, si se exceptuaba su sordera. Llevaba siempre un audífono, pero con éste tras la oreja no podía salir al escenario como galán enardecido. Nervioso al no oír ni a sus acompañantes ni el consueño el día del estreno olvidó sus líneas y no le quedó más salida que la inspiración

Al bajarse el telón dijo el poeta:

—¡Nunca pensé que iba a colaborar tanto con Martí!

Al decir lo que hemos dicho, sinceramente no hemos querido imitar a los norteamericanos que comienzan tradicionalmente sus disertaciones con un chiste -con lo cual a veces sólo resulta para la risa la intención del orador- sino porque viene mucho al caso: estamos pretendiendo colaborar con Alone.

Releímos su último libro "Aprender a escribir" en la nueva edición recientemente aparecida y con ello caímos en constantes reflexiones coincidentes sobre todo con ese capítulo inserto: "El afán de sobrevivir".

Nos sale así al paso la muy primera asociación de ideas referida a la pregunta de por qué escribe la gente. Las respuestas, como nos lo dice el autor, no son escasas. Nosotros tenemos aún la de una amiga que en afán de autodestrucción clasifica de simple manía la actividad de sus innegables dotes literarias.

¿Impulso irresistible, como dicen los psiquiatras para explicar acciones delictivas? ¿Lleva éste a producir novelas, diarios, críticas y otros papeles entintados?

Hay algunas pruebas. Recordemos la desesperación de Henry de Montherlant cuando renunciaba al paso de la vida para encadenarse a su escritorio, como el galeote, a la galera. Sospechamos, sí, que dramatizó su infelicidad porque su historia personal hace pensar en muchas horas libres. Pero seguramente hubo en él dotes y aficiones en conflicto.

¿Hay necesidad de citar el caso del agobiado Dostoievski o el de Marcel Proust escribiendo para sobrevivir hasta en la hora de la muerte?

Controlado, muy contrario, presenta Alone a Erskine Cadwell, quien, de acuerdo con el sistema de trabajo norteamericano (en tiempos considerados normales de esos que quizás si volverán) cumple con las ocho horas diarias y la semana de cinco días.

En la galería literaria, demás está decir, se dan todos los casos. A veces nos sorprenden figuras poco conocidas a las que se otorga el Premio Nobel. Posiblemente nuestra geografía nos hace ser más ignorantes de lo permitido, pero hay también la circunstancia de ser estos personajes figuras desdobladas. Aunque al fondo profundamente auténticas han vivido en sociedad como funcionarios públicos o dedicados a cualquier otra actividad poco poética, ajena a la expresión fundamental del ejecutor.

Al lado opuesto de estos resignados están los exuberantes aplicados a estrujar la vida y secar la pluma fuente o la cinta de la máquina escritora. Todo al mismo tiempo.

Simone de Beauvoir cuenta en alguna

parte de sus extensas memorias cómo después de recorrer en el día alguna región extraña y conocer personas, situaciones y sobre todo diálogos, Sartre y ella corrían al hotel y se lanzaban sobre sus lapiceras imantadas. Vida vivida y relatada.

Este tipo de literato extrovertido, unido al tema del aprendizaje escogido por Alone para titular su obra nos lleva a recordar un libro que leímos hace un montón de años, si bien lejos de los que su creador inspirará a toda una generación de escritores norteamericanos: Martín Eden. Su autor Jack London, había muerto. También la pasión por la aven-

tura finalmente al mar. La vida, felizmente, no es eterna.

El héroe es de ficción pero da la casualidad que su creador pudo decir como Flaubert identificándose con su personaje: Martín Eden soy yo. Ni siquiera le faltó el suicidio. Jack London, como Hemingway y tantos otros fueron actores principales de sus vidas.

El inglés George Orwell más que vitalidad vio en London algo feroz. Aunque lo consideraba mal estilista y escritor irregular lo admiraba como narrador, pero al buscarlo tras el relato nos transmite

*El afán de sobrevivir. Los diarios ocultos. Escribir ¿por qué? Impulso*

*irresistible. ¿O algo prescindible?*

tura, por la lucha cuerpo a cuerpo contra las fieras y la naturaleza que tanto ayudara a la formación y a la rudeza del país. Estas características tuyas no las encontramos en la obra señalada pero sí un profundo impulso vital.

El lobo que tiene aquí al frente Martín Eden -un marinero que habla y escribe como tal pero que siente oscuramente mejor que los entendidos cuando éstos han estudiado- el lobo decíamos es la sociedad con su empujón al desempeño de un empleo o labor manual y la que más lo empuja es justamente aquella por la cual ha abandonado el barco y se ha impuesto la tarea de llenar páginas y páginas hasta formar cuentos y novelas que le traigan la fama y la riqueza. Pero éstos no llegan. Los envíos, cuyo franqueo merma las comidas del remitente son devueltos con inexorable tenacidad. No van escritos en el estilo pacato y melindroso del siglo diecinueve. Pinta la vida en rojo vivo hasta quince horas al día. Duerme cinco y come cuando puede. Finalmente la novia, o mejor dicho su familia burguesa, se cansa de tanto drama y tan pocas perspectivas; justamente cuando en vez de retornar los manuscritos empiezan a llegar cheques. Los primeros por pequeñas sumas. Con el tiempo fabulosas. Llegan también invitaciones a comer, a presidir banquetes, a lanzar discursos. La gloria con todo su cortejo. El joven recuerda y compara. No siente amargura, pero sí cansancio, indiferencia. De sus energías no hay reserva alguna. Las gastó todas en su lucha solitaria. Va entrando en la muerte, acomodándose a su clima, como lo siente en las aguas que lo van cubriendo cuando se

un estremecimiento, cual si lo hubiera sorprendido bebiendo la sangre del lobo que ha vencido. Cuenta que su fuerza descriptiva fue capaz de reanimar al moribundo Lenin, al cual su mujer Nadeszha Kruspkaya le leía el cuento "Love of Life" dos días antes de su muerte. Aunque London era socialista, quizás por eso y más aún por serlo de esa época- recuérdese en cuantas han sido comunistas y socialistas enemigos mortales- no fue capaz de mantener la atención del casi difunto quien lo rechazó declarándose "saturado de moral burguesa".

No quisiera abandonar esta apenas insinuada muestra de retratos, sin enviarle un saludo melancólico a esa pléyade de mujeres inclinadas sobre un libro en blanco en el que iban apuntando sus gemidos, sus preocupaciones y en general todo aquello que pasa a constituir el sostén vital de los seres oprimidos. El famoso Diario oculto, tan oculto a menudo como su interés.

Felizmente Emily Brontë compensó con creces el gasto de tantas lámparas consumidas en secreto.

Si Europa se vuelve comunista en diez años más, como dijo Kissinger que así podría ser (y a continuación los países de su órbita cultural) quizás los diarios ocultos servirían otra vez de desahogo.

Jorge Edwards en su libro "Persona non grata" cuenta que Fidel Castro le gritó su disgusto contra los intelectuales, asegurándole que estaban de más en el mundo socialista. Salían sobrando. La

tro durante su inicial revolución, cuando proclamaban la libertad que ésta les traía. El comunismo tendría ahí otra cara; cada uno pintaría, escribiría o sonaría a su realísima voluntad. Con fanfarronería latinoamericana y española describían sus hermosas facciones.

Al poco tiempo, con el solo sonido metálico de cerrar la bolsa, la Unión Soviética tornó a la bella cubana en la vieja bruja conocida.

El cable nos ha hecho saber la última declaración de García Márquez: el no escribirá más mientras no caiga Pinochet. Nos preguntamos si el estilo de "Cien años de soledad" y toda su obra se adaptaría al realismo socialista. Quizás también esta declaración justifique un descanso que a nuestro juicio el monstruo literario está necesitando. El título de su último libro "El Otoño del Patriarca", nos pareció venirle al creador. Una que otra vez la fantasía llevaba ahora las riendas; la dirección se le entregaba más a menudo a una gigantesca máquina barroca de serpentes. Impresionante, pero máquina al fin.

"Los libros están llenos de misterios: gozosos, gloriosos y dolorosos" dice Alone en una página del suyo, que si tratáramos nosotros de clasificar lo situaríamos entre los de gozo y gloria. Libro de artistas y maestro "porque en el orden de la prosa, del artículo, de la crónica, no le hallamos parangón en el ámbito de la literatura nuestra de este siglo". Así dijo el crítico Ignacio Valente en expresión de verdad inconcusa.